

# La Dimensión Emocional en Psicomotricidad

*G. Benincasa.*

*Especialista en Neuropsiquiatría infantil.  
Responsable del Centro de Psicoterapia de la Edad  
Evolutiva Sagrada Familia en Milán.*

*E. Zighetti.*

*Traducción: Pedro P. Berrueto*

## Resumen

*El lugar de las emociones es el cuerpo.*

El lugar de las emociones es el cuerpo; el niño expresa a través del cuerpo sus propias emociones.

Sin embargo, hay situaciones en las que tales emociones se encuentran contenidas y no llegan a encontrar una vía de expresión.

Cuanto más contenidas son, más trastornos provocan: somatizaciones, a un primer nivel, trastornos del comportamiento a otro nivel, trastornos de los procesos de simbolización todavía a otro nivel.

Pero las emociones buscan normalmente la vía de su representación a nivel mental.

Resulta, por tanto, indispensable para quien quiere ayudar al niño a reencontrar la vía del desarrollo normal, ser capaces de reconocer, gracias a una observación atenta y capaz, cómo y dónde se manifiestan y se esconden estas emociones.

Especialmente importante resulta saber que lo que podemos observar es el proceso de transformación de los

procesos psíquicos que se manifiestan en el comportamiento (y en el lenguaje), proceso que une experiencias, emociones y representaciones mentales.

Sólo de este modo se recupera el significado de la propia historia y el sentido verdadero que ella tiene.

Se aportarán ejemplos clínicos para ilustrar este modelo de pensamiento.

## Palabras clave

*Emociones, cuerpo, movimiento, Psicomotricidad, verbalización.*

Emociones, cuerpo, movimiento, Psicomotricidad, verbalización.

## Abstract

*The place for emotions is the body.*

The place for emotions is the body; the child expresses his own emotions though the body.

However, there are situations in which such emotions are restrained and cannot find their means of expression.

The more restrained they are, more disorders they cause: somatisations, at a first level, behavioural disorders at another level, disorders of the symbolising process at a further level.

But emotions normally search for their means of representation at a mental level.

Therefore, for those who want to help the child find the way towards normal development, it is essential to be able to recognise, thanks to an attentive and capable observation, how and when these emotions are shown and hidden.

It is specially important to know that what we can observe is the process of transformation of the psychical processes shown in behaviour (and language), a process which links experiences, emotions and mental representations. Only in this way we can recover the meaning of one's own history and the true meaning that it has.

We will provide clinical examples to illustrate this model of thought.

### Key words

Emotions, body, movement, Psychomotors, verbalising.

"Quien no recuerda se juega su propio futuro" dice un viejo proverbio.

"Quien no recuerda de dónde viene no sabrá nunca hacia dónde va" escribe el autor de un librito, "Frantumi", un hebreo polaco de nombre impronunciable, Benjamin Wilkomirski, que estuvo de niño en el campo de exterminio y que se salvó milagrosamente, no recuerda bien cómo ni porqué, pasando después toda la vida a la búsqueda de su propia identidad y de sus propios orígenes, con el fin de liberarse de un pasado traumático gracias al hecho de haber encontrado a alguien dispuesto a escucharlo y a entenderlo.

Quien no recuerda, quien no restituye lo que es una existencia diferente, rescatando las heridas del pasado en el propio mundo interno, en qué partes de tal mundo interno han sido puestas, en un lejano pasado infantil, fuera de sí mismo, en los otros, por qué fuente de sufrimiento, pierde la propia identidad. Identidad que nos vuelve únicos respecto a los demás.

Y nuestros recuerdos no están constituidos únicamente por imágenes, por representaciones mentales. Están constituidos sobretodo por afectos, emociones, sensaciones.

Las emociones, los sentimientos, como dice Edelman, pueden ser considerados como los más complejos entre los procesos o los estados mentales, en cuanto que se mezclan con todos los otros procesos, los primeros entre todos los procesos cognitivos.

Desde los primeros días de vida nuestra vida emotiva está filtrando la lectura cognitiva de la realidad. La emoción es ya una forma de cognición, y la cualidad de la relación que el niño instituye con el mundo, es la base del desarrollo cognitivo, y no sólo del emotivo.

Pero ¿a través de qué medio el niño se manifiesta a sí mismo, sus propias emociones, sus propios procesos mentales? El cuerpo es el único medio que el niño posee.

El cuerpo físico es concebido como indispensable marco de referencia para todos los procesos que estamos habituados a identificar con la mente (Nagel, Hoffstader, etc.). Y las sensaciones corporales son la matriz que está en la base de los procesos emocionales.

Pero estas afirmaciones, que tan a

menudo enunciamos con énfasis, con la satisfacción y la impresión de haber hecho un descubrimiento sensacional, son ya patrimonio de la cultura del hombre.

Escuchad este fragmento: "Mi cuerpo, demasiado entorpecido para moverse, intentaba, según la forma de su cansancio, encontrar la posición de sus propios miembros para deducir la dirección de las paredes, el lugar de los muebles, para reconstruir y dar un nombre a la morada donde estaba. La memoria de sí mismo, la memoria de sus propias costillas, de sus rodillas, de sus hombros, le ponía sucesivamente frente a muchas de las habitaciones donde había dormido, y entretanto los invisibles muros, cambiando de lugar según la forma de la estancia imaginada, le turbaban en torno a las tinieblas. E incluso antes de que mi pensamiento, dubitativo sobre el umbral de los tiempos y de las formas, hubiera reconocido la habitación, juntando las circunstancias, aquello -mi cuerpo- recordaba de cada estancia el tipo de cama, y cómo estaban colocadas las puertas, la exposición de las ventanas y la existencia de un pasillo, con el pensamiento que tenía durmiéndome allí y que reencontraba al despertar. Mi costado anquilosado, intentando adivinar la propia orientación, se imaginaba, por ejemplo, tumbado frente a la pared en un gran lecho con baldaquino; y de repente me decía: Mira, he terminado por dormirme, a pesar de que mamá no haya venido a darme las buenas noches; estaba en el campo en casa de mi abuelo, muerto hacía muchos años; y mi cuerpo, el lado sobre el que reposaba, custodiaba fiel de un pasado que mi mente no habría debido olvidar jamás, me recordaba la llama de la lámpara de cristal de Bohemia, con forma de urna, suspendida del techo por cadenitas, la

chimenea de mármol de Siena, en mi cámara en Combray, donde mis abuelos, en días lejanos que en aquél momento me figuraba presentes sin representármelos con precisión, y que habría vuelto a ver mejor al poco tiempo cuando estuviera del todo despierto".

Creo que todos habréis reconocido el genio de Proust, su capacidad de describir y tomar el momento mágico en el que la sensación corporal dio vida a una emoción, y cómo ésta a su vez produjo imágenes y recuerdos que después la mente reconstruye, cada vez con mayor precisión, a partir de los detalles, -pobres y escasos a veces, o aparentemente sin influencia- llenando los espacios vacantes con la actividad intelectual que permite restituirlos de una forma reconocible para nosotros.

La emoción es por tanto un compuesto: un compuesto de sensaciones corporales, de sentimientos que emergen de él, y de pensamientos o imágenes ligadas a él. Un compuesto integrado que une las polaridades de la sensación y del pensamiento en lo que se ha definido como "la unidad cuerpo-mente". Y tal unidad es el individuo, lo que se ha teorizado como "el sí mismo", única instancia que puede ponerse en una verdadera relación con el otro. Es como decir que si no se produce la integración entre aspectos corporales y aspectos mentales dentro de un individuo, la relación entre individuos, la relación interpersonal será incompleta, distorsionada, no auténtica, porque se dirige bien al cuerpo, bien a la mente del otro, pero nunca a la persona en su dimensión completa.

Es útil recordar que tal proceso de integración es posible solamente en presencia de una función materna que

considere al niño en cuanto cuerpo-que-expresa-sentimientos. Lo que presupone, en tal función materna, la capacidad de identificar sentimientos tras las manifestaciones corporales.

Hemos visto en qué medida Proust fuera consciente de este recorrido, y cómo nos lleva de la mano en los meandros que parten de lo corporal para alcanzar lo mental. Nos sorprende y nos fascina su capacidad de reencontrar lo mental, lo psíquico, allí donde nosotros veríamos sólo lo físico, lo corporal; su capacidad de volver transparente lo que puede, al menos inicialmente, parecer opaco. De reencontrar, aparentemente de manera simple y natural, lo que parecía perdido. La suya es, precisamente, una "recherche".

¿Pero cuántas otras cosas entonces quedan perdidas dentro de nosotros, cuántas emociones y cuántos recuerdos? ¿O, si no perdidas, por lo menos invisibles a los ojos propios y ajenos?

Y, para cuantos de nosotros desarrollamos un trabajo terapéutico, ¿cuánto hay de perdido y de invisible en un niño al que vemos en una sala de psicomotricidad?

El peligro está en que lo que nos resulta invisible a nosotros puede convertirse en perdido, y quizá para siempre, para él.

Aquí nace, entonces la tarea, la auténtica y profunda tarea terapéutica, de quien se dispone a encontrarse con el niño en este contexto (tarea propia de la psicomotricidad, como de cualquier encuentro que quiera ser transformador en sentido evolutivo).

Y el encuentro en la sala de psicomotricidad entre un adulto y un niño, en la búsqueda, se espera, el uno del otro,

es un encuentro que puede deslizarse hacia la nada, volverse aburrido, difícil, inabarcable, fastidioso, desinteresado, o por el contrario interesante, curioso, estimulante, implicativo. Depende del niño, ciertamente, pero depende también de nosotros, de nuestro deseo de encontrarlo y de nuestra capacidad de observar. Observar atentamente para descubrir qué es y cómo se está moviendo en su mundo interno, detrás de la pantalla de su movimiento corporal. Qué pensamientos, representaciones, imágenes, emociones, sentimientos, afectos están en juego.

Hablo de "movimiento" del niño, pero más correctamente debería hablar de "acciones", de movimientos, que expresan, y esconden al mismo tiempo, un sentido, una finalidad, pero también una demanda implícita de explicación. Como decir que movimientos y acciones (los unos aparentemente sin significado, los otros con un aparentemente claro significado) reenvían a las emociones: emociones excluidas más que emociones asumidas; excluidas o asumidas a nivel de representación mental, y por tanto susceptibles de ser más o menos verbalizadas.

Sería interesante mostrarles imágenes de un niño que me fue enviado por los propios padres, para ver cómo se comportaba en su casa, lejos de la escuela y de la terapia. Se aprecia en las imágenes que existe un comportamiento del niño que no parece reenviar a ninguna emoción. Un comportamiento repetitivo, en el que aparece solamente el componente motor. Se da después un comportamiento de descarga que parece significar que el niño experimenta una emoción pero no tiene la posibilidad de mentalizarla y simbolizarla (es un niño que no posee lenguaje). Se produce finalmente un

comportamiento que parece corresponder a una emoción representada pero que no puede expresarse a través del lenguaje, ausente.

Pero veamos algún otro ejemplo. "Mamá, me duele la barriga" dice por la noche, antes de ir a la cama, un niño de 4 años que después de una intensa jornada de juego ha mostrado claramente su disgusto al dejar a su amiguito, negándose a despedirse y enrabietándose en el momento de separarse de él.

O consideremos lo que dice una niña de 5 años frente al miedo a perder a su madre, miedo desencadenado al oír una noticia de muertes en el telediario: "si papá muere, estarás tú para cuidarme, ¿pero si mueres también tú?" Y, antes de que la madre le pueda responder, continúa sola "¡bah!, estarán mis hermanos mayores".

En el primer caso vemos que el sentimiento de displacer y de rabia no ha tenido la posibilidad de expresarse completamente, y se ha quedado fijado a nivel corporal manifestándose en modo psicósomático (el dolor de barriga). Se ha negado después a través del rechazo a la despedida, y se ha expresado parcialmente a través de las rabietas, reapareciendo como deseo de reaseguración y de cuidado en el momento de una nueva separación, la de irse a dormir.

En el segundo caso vemos que de la emoción del miedo de perder a los padres accede a una representación y a una verbalización. Estamos en presencia de una niña mayor, y por tanto es más fácil que los procesos de mentalización hayan ya tenido un cierto desarrollo, y que sean los primeros en ponerse en marcha en caso de necesidad, sin que haya, pues, necesidad

de que la emoción se manifieste a nivel somático o comportamental. Además la niña da por sí sola una solución a la angustia que experimenta pero que no logra reconocer como tal (¡es todavía bastante pequeña!): si no estuvieran mamá y papá habrá algún otro, por ejemplo mis hermanos mayores.

Estos ejemplos nos sirven para decir que las emociones, los afectos, los sentimientos, expresión cualitativa, según la teoría psicoanalítica, de la cantidad de energía pulsional presente, se encuentran a la búsqueda constante de una representación mental que los represente. Afectos (que es sinónimo de emociones) y representaciones son las dos modalidades a través de las cuales se expresa el mundo pulsional.

Cuando la emoción, el afecto, no logra vincularse a una representación mental (consecuentemente verbalizada), representación que, sin embargo, se está buscando incesantemente, debe descargarse de otras formas, como las comportamentales (hipercinesia, inestabilidad, agitación, repetitividad gestual); y cuando ni siquiera esta manifestación es posible, queda aprisionado a nivel somático, creando un estado de inhibición generalizada o de somatización. Y aún más, cuando no encuentra la representación adecuada, el afecto tiende a vincularse a otras representaciones sustitutivas, que no logran agotar completamente la carga (estamos en presencia del "desplazamiento") o incluso queda fluctuante, pasando a constituir un estado de "angustia libre".

Pero siempre, de cualquier modo, la emoción, el afecto busca, insistentemente, una representación liberatoria, ligándose a las representaciones de palabra, es decir, al lenguaje.

Ahora bien, si el recorrido terapéutico prevé una fase de indagación y observación, que me permite plantear hipótesis verosímiles (es decir, dotadas de coherencia interna), sobre cuya base enfocaré en consecuencia mi proyecto terapéutico específico; y si es verdad que en psicoterapia utilizo las producciones lingüísticas, el dibujo y el juego del niño para provocar a través de ellos la emergencia de la fantasía, de los fantasmas inconscientes y del juego pulsional que los mantiene, pulsiones normalmente ligadas, no lo olvidemos, al cuerpo, en psicomotricidad, mi observación partirá del comportamiento motor, que se convierte en el elemento privilegiado respecto a los otros. Comportamiento motor más o menos finalizado, que hemos dicho ser el resultado de sensaciones corporales debidas a hechos experienciales convertidos en emociones, fantasías; las cuales buscan una vía de expresión para poder tener entonces, se espera, acceso a la representación mental y a la verbalización.

Ahora bien, y aquí está quizás el núcleo de todo mi discurso, el plano de la realidad emocional se correlaciona con el plano de las experiencias, de la realidad de hecho. El vínculo entre la experiencia y la emoción es el origen del significado: como decir que encuentro que es una determinada experiencia lo que genera en mí una cierta emoción. Después tengo que poner "en palabras" tal significado, lo tengo que representar y simbolizar. Por tanto pongo en relación el plano del significado con el de la simbolización, que se vuelve por ello en el "significante". La simbolización, la palabra sin la emoción ligada a la experiencia, se vuelve un significante sin significado.

Estos tres planos están, así, ligados entre sí en una correlación e interde-

pendencia constante. Uno se puede transformar en otro (Bion). Así podemos decir (Riolo) que "la representación sin la emoción está vacía, es decir, sin significado; la emoción sin la palabra está muda, es decir, sin significante; la experiencia sin el significado está ciega, es decir, sin pensamiento". Es también como decir que no se puede contar la propia vida sin los colores de las emociones y sin el contenido de sus manifestaciones representadas a nivel mental.

Consecuentemente, para repetirme, la emoción debe referirse a una experiencia, a una realidad de hecho. Solamente si está ligada a tal experiencia se vuelve "origen de un significado". Significado expresable, luego, de manera coherente, con una referencia precisa, a través de una representación, un símbolo. Éste es un proceso de transformación.

La tarea del psicomotricista es la de hacer emerger, a través de la observación del cuerpo en movimiento, las vicisitudes, para cada niño, de estos procesos transformadores. Seguir el continuo vaivén entre sensaciones, emociones, movimiento, producciones simbólicas, fantasías, fantasmas, pulsiones. Algunas cosas directamente observables (el movimiento, las producciones simbólicas, a veces las sensaciones), algunas cosas sólo hipotetizables (las emociones, las fantasías, las pulsiones). Teniendo también en cuenta que el fantasma es ya el producto de un proceso elaborativo: expresión de un deseo insatisfecho y conjuntamente recuerdo de un deseo previamente satisfecho; suscitado por una impresión corporal inmediata que genera un deseo, el cual a su vez despierta el recuerdo de una experiencia infantil satisfecha, y que con su impulso busca en el futuro una realización del

deseo análoga a la del pasado. Esto deriva por tanto directamente de los instintos y es vivido tanto como fenómeno somático que como psíquico.

Hay que tener presente que tal proceso de transformación se produce, además de en virtud de las modificaciones a nivel del psiquismo interno del niño (y por tanto de la modificación de las relaciones entre su cuerpo y su actividad mental), gracias también a las vivencias relacionales que implican al niño y al terapeuta, a la historia que construyen juntos. Explicitar un fantasma en sesión significa salir de la soledad del deseo y del miedo (Diatkine).

Es preciso, pues, que un niño viva una emoción para poder luego hablar de ella, de otro modo se genera un "salto de nivel" y el hablar de ella no es hablar de las representaciones mentales ligadas a las emociones.

Pensamiento y acción son, pues, inseparables, y hace falta mantener el diálogo entre ellas para poder decir que se hace terapia. De este modo la realidad se manifiesta, evoluciona también, en un primer momento, a través de la expresión y de las emociones que tienen un carácter más "defensivo". Si no fuese así este proceso de transformación, asistiríamos, en su lugar, al ocultamiento o al colapso del psiquismo.

Intentaremos aportar un ejemplo clínico. Marina es una niña de dos años y medio. Los padres nos la traen porque desde hace casi 5 meses ha comenzado a alimentarse de modo cada vez más escaso, a perder peso y a sufrir un obstinado estreñimiento. Había sido llevada a casa de sus abuelos, junto al mar "para que respirase aire limpio" y de ese modo veía a sus padres sólo en el fin de semana, con los consecuentes

problemas de separación. Por consejo médico se aplicaban constantes recursos como supositorios, lavativas, dieta, etc., para resolver el problema, pero la niña hacía todo lo posible por mantener las heces y lloraba desesperadamente durante horas antes del tratamiento. Resulta superfluo decir que no había problemas de naturaleza orgánica. Sin embargo, el remedio aconsejado por los médicos a los padres era un clistel cada dos días. La respuesta de Marina era la de evacuar después de varias horas, aferrándose al cuello de sus padres y gritando.

Durante la observación en la sesión se había mostrado inhibida, rechazando cualquier juego y actividad, motriz o simbólica. Tras varios minutos, la niña, bajo el estímulo del laxante tomado anteriormente, había empezado a agarrarse alternativamente a su padre y a su madre, cayendo en una de sus típicas crisis. Imposible hacerla jugar o actuar. Entonces he probado a decirle que era una niña que quizá quería decir cosas y no lo lograba (por tanto planteo una hipótesis y tomo una emoción) y a preguntarle por qué lloraba (para entender lo activa que pudiera ser la capacidad de verbalizar, visto que el comportamiento y la motricidad parecían estar "en jaque"). Ella me responde que "quería tener dentro el popó". Era evidente, por tanto, la correlación del estreñimiento con el intento de mantener dentro a los padres, siempre lejos, pero también era evidente el intento de no mostrar abiertamente la agresividad hacia ellos, sumergiéndoles en un simbólico "mar de mierda"; agresividad que de cualquier modo emergía como oposición al deseo de los padres ("haz caca").

Intentamos entonces jugar con esta situación a través del material, pero

nada. Intentamos crear un diálogo sobre el tema a través del dibujo, pero tampoco nada. Fue imposible utilizar el cuerpo y el movimiento. A través de ellos no se conseguía entrar en relación. Vistas las capacidades lingüísticas y representativas de la niña, decidimos decirle algo: "la caca que ella tenía dentro era como un bebé, o una mamá que quería salir para conocer a Marina, pero sin marcharse". La sesión terminó ahí, pues ya estaban allí de pie esperándola en la puerta, pero la intervención se volvió eficaz "de repente", por lo que después me dirían los padres. Sin embargo los padres se pusieron a correr demasiado. Empezaron, es cierto, a hablarle de lo bonita que era su caca, pero le dijeron que podían tirarla, así habría acabado en el mar y los pececitos la habrían comido (reactivando así la angustia de separación).

De hecho, después del verano el problema se volvió a presentar, aunque no de forma tan dramática. Sin embargo, en esta segunda ocasión fue posible interactuar más con la niña y, a través del dibujo, hablar de los hechos de su experiencia que creíamos que estarían en el origen del trastorno, es decir, de la separación de los padres acontecida en el pasado (ligada al hecho de que la niña oía ahora hablar, aunque no directamente a ella, de la llegada de una hermanita). Resultaba todavía imposible hablar, o hacerla actuar, sobre una emoción agresiva. Nuevamente la niña no dio ninguna respuesta, se comportó como si no le hablase a ella y parecía no escuchar. Pasé una hora verdaderamente dura. Pero la tercera vez, dos semanas después, la niña estaba distinta. Pudo comenzar a jugar en la sala de psicomotricidad, a moverse, a preguntar. Quería que le preparasen túneles y casas en las que, sin embargo, no

entraba nunca, y que enseguida pedía destruir junto a la terapeuta. Finalmente, la emoción empezaba a manifestarse a nivel motriz y corporal, era alentada, aceptada, vivida, de la manera posible en el momento, como algo gozoso y no sólo angustiante.

Se iniciaba la terapia psicomotriz. Esperamos que de ahora en adelante las emociones y los afectos se vinculen al recuerdo de hechos acaecidos, a las desilusiones y frustraciones experimentadas, y puedan suscitar, a través de los fantasmas, los deseos perdidos y el proceso de su recuperación. Ya sabemos que las posibilidades de representación mental existen.

Es importante que se representen mentalmente, y luego se verbalicen, incluso las emociones ligadas a "esos" hechos que están en la base del síntoma y del sufrimiento de la niña. Y no "otras" emociones. O emociones ligadas a "otros" hechos. En ello está el proceso de "explicación" que nosotros ahora, y la niña, si quiere, en un futuro, hemos de tener presente. Para empezar a dar sentido al todo.

Pero no basta. El "sentido" en su totalidad, el "sentido cumplido" se aferra al momento en que, junto a la explicación "comprendemos" el deseo no expresado de la niña, la meta hacia la que quiere dirigirse, la pulsión que busca su representación; y tomamos la relación que transcurre entre explicación y comprensión, descubriendo que se trata de dos caras de la misma moneda.

Marina quiere que piensen en ella, que la busquen que la quieran. Y a causa de "aquel" pasado ha desarrollado sus síntomas.

Si Marina no tuviera la edad que tiene, y si fuera una mujer adulta, como noso-

tros, podríamos hablarle de su deseo como de una nostalgia. La nostalgia que pertenece a ese "reino Intermedio", como dice Freud, colocado entre la realidad que frustra los deseos y el mundo de la fantasía que los calma. Nostalgia, señal de afecto específico, puesto que su connotación emocional constituye el indicador significativo de una ausencia y de la presión del reencontro de lo que estaba presente y ahora no lo está ya. Dolor de un retorno imposible a un lugar que no figura en el mapa: un porvenir del pasado, hasta donde la vista alcanza (Laplan-

che). Presente en todos nosotros, que tendemos a reconocerlo sólo cuando llegamos allí, con los años, un poco mayores y quizá un poco más sabios. Y que encontramos un poco por doquier, en la literatura y en la música, conservando gracias a ella la capacidad de hacer emerger más allá de los recuerdos, también los sueños. Como dice una célebre canción donde el regreso a la ciudad natal es la metáfora del regreso al objeto amado, la madre en primer lugar, perdido y luego siempre intentado de reconquistar.

*MI BUENOS AIRES QUERIDO*

*Letra de Alfredo Le Pera*

*Música de Carlos Gardel (1934)*

*Mi Buenos Aires querido,  
cuando yo te vuelva a ver,  
no habrá más penas ni olvido.  
El farolito de la calle en que nací  
fue el centinela de mis promesas de amor;  
bajo su inquieta lucecita yo la vi  
a mi pebeta luminosa como un sol.  
Hoy que la suerte quiere que te vuelva a ver,  
ciudad porteña de mi único querer,  
oigo la queja de un bandoneón,  
dentro del pecho pide rienda el corazón.  
Mi Buenos Aires, tierra florida  
donde mi vida terminaré.  
Bajo tu amparo no hay desengaños,  
vuelan los años, se olvida el dolor.  
En caravana los recuerdos pasan  
como una estela dulce de emoción,  
quiero que sepas que al evocarte  
se van las penas del corazón.  
Las ventanitas de mis calles de arrabal,  
donde sonrío una muchachita en flor;  
quiero de nuevo yo volver a contemplar  
aquellos ojos que acarician al mirar.  
En la cortada más maleva una canción,  
dice su ruego de coraje y de pasión;  
una promesa y un suspirar  
borro una lágrima de pena aquel cantar.  
Mi Buenos Aires querido...  
cuando yo te vuelva a ver...  
no habrá más penas ni olvido...*

*La Dimensión Emocional en Psicomotricidad*

## Bibliografía

- BION, W.R. (1965). *Trasformazioni*. Armando. 1973. Roma.
- DIATKINE, R. (1951). *La signification du fantasme en psychanalyse d'enfants in Revue Francaise de psych.* XV, n. 3. Paris.
- EDELMAN, G.M. (1992). *La materia della mente*. Adelphi. 1993. Milano.
- FREUD, S. (1908). *Il poeta e la fantasia*. OSF Boringhieri. Torino.
- HOFSTADER, D.; DENNET, D. (1981). *L'io della mente*. Adelphi. 1985. Milano.
- LAPLANCHE, J.L. (1988). *Perdre de vue*. Gallimard. Paris
- LEBOVICI, S.; SOULÉ, M. (1970). *Condizione ontogenetica del fantasma in La conoscenza del Bambino e la psicoanalisi*. Feltrinelli. 1972. Milano
- MASCIANGELO, P.M. (1989). *Nostalgia, una dimensione della vita psichica*. in *La nostalgia atti convegno* Ed. Lubrina. Bergamo.
- NAGEL T. (1974). *Cosa si prova ad essere un pipistrello*. *The philosophical Review*.
- PROUST, M. (1983). *Alla ricerca del tempo perduto*. Combray. Mondadori. Milano.
- RIOLO, F. (2002). *La trasformazione psicoanalitica in Rivista Italiana di Psicoanalisi*. vol. XLVIII. ott-dic.
- WILKOMIRSKI, B. (1998). *Frantumi*. Mondadori. Milano